

APOLOGÍA II

San Justino

(Escrita alrededor del año 155)

INTRODUCCIÓN

SAN JUSTINO

San Justino Mártir es el apologista griego más importante del siglo II y una de las personalidades más nobles de la literatura cristiana primitiva. Nació en Palestina, en Flavia Neápolis, la antigua Siquem. Sus padres eran paganos. El mismo nos refiere (Dial. 2-8) que probó primero la escuela de un estoico, luego la de un peripatético y, finalmente, la de un pitagórico. Ninguno de estos filósofos logró convencerle ni satisfacerle. El estoico fracasó porque no le dio explicación alguna sobre la esencia de Dios. El peripatético exigió muy inoportunamente a Justino el pago inmediato de la matrícula, a lo que respondió éste dejando de asistir a sus clases. El pitagórico le exigió que estudiara primero música, astronomía y geometría; pero Justino no sentía la menor inclinación hacia estos estudios. El platonismo, por su parte, le atrajo por un tiempo, hasta que un día, mientras se paseaba por la orilla del mar, un anciano logró convencerle de que la filosofía platónica no podía satisfacer el corazón del hombre y le llamó la atención sobre los «profetas, los únicos que han anunciado la verdad». «Esto dicho —relata Justino— y muchas otras cosas que no hay por qué referir ahora, se marchó el viejo, después de exhortarme a seguir sus consejos y no le volví a ver más. Mas inmediatamente sentí que se encendía un fuego en mi alma y se apoderaba de mí el amor a los profetas y a aquellos hombres que son amigos de Cristo y, reflexionando conmigo mismo sobre los razonamientos del anciano, hallé que ésta sola es la filosofía segura y provechosa. De este modo, pues y por estos motivos soy yo filósofo y quisiera que todos los hombres, poniendo el mismo fervor que yo, siguieran las doctrinas del Salvador» (Dial. 8). La búsqueda de la verdad le llevó al cristianismo.

También sabemos por él que el heroico desprecio de los cristianos por la muerte tuvo una parte no pequeña en su conversión: «Y es así que yo mismo, cuando seguía las doctrinas de Platón, oía las calumnias contra los cristianos; pero, al ver cómo iban intrépidamente a la muerte y a todo lo que se tiene por espantoso, me puse a reflexionar que es imposible que tales hombres vivieran

en la maldad y en el amor a los placeres» (Apol. 2,12).

La sincera búsqueda de la verdad y la oración humilde le llevaron finalmente a abrazar la fe de Cristo: «Porque también yo, al darme cuenta que los malvados demonios habían echado un velo a las divinas enseñanzas de Cristo con el fin de apartar de ellas a los otros hombres, desprecié lo mismo a quienes tales calumnias propalaban que el velo de los demonios y la opinión del vulgo. Yo confieso que mis oraciones y mis esfuerzos todos tienen por blanco mostrarme cristiano» (Apol. 2,13).

Después de su conversión, que probablemente tuvo lugar en Éfeso, dedicó su vida toda a la defensa de la fe cristiana. Se vistió el pallium, manto usado por los filósofos griegos y se puso a viajar en calidad de predicador ambulante. Llegó a Roma durante el reinado de Antonino Pío (138-161) y fundó allí una escuela; uno de sus discípulos fue Taciano, que más tarde sería también apologista. En Roma encontró también un fogoso adversario en la persona del filósofo cínico Crescendo, al que había acusado de ignorancia. Tenemos un relato auténtico de su muerte en el Martyrium S. Iustini et Sociorum, basado en las actas oficiales del tribunal que le condenó. Según este documento, Justino y seis compañeros más fueron decapitados, probablemente el año 165, siendo prefecto unio Rústico (cf. supra p.1.80).

ESCRITOS

Justino fue un escritor fecundo. Pero solamente tres de sus obras, ya conocidas por Eusebio (Hist. eccl. 4,18), han llegado hasta nosotros. Están contenidas en un único manuscrito de mediocre calidad, copiado en 1364 (Paris. n. 450). Son sus dos Apologías contra los paganos y su Diálogo contra el judío Trifón.

El estilo de estas obras dista mucho de ser agradable. Como no estaba acostumbrado a seguir un plan bien definido, Justino se deja llevar de la inspiración del momento. Las digresiones son frecuentes, su pensamiento es desarticulado y tiene una debilidad por frases largas que se arrastran. Su forma de expresión está desprovista de fuerza y son raros los momentos en que llega a la elocuencia o a la vehemencia. Con todo, a pesar de estos defectos, sus escritos ejercen una atracción irresistible. Nos revelan un carácter sincero y recto, que trata de llegar a un acuerdo con el adversario. Justino estaba convencido de que «todo el que, pudiendo decir la verdad, no la dice, será juzgado por Dios» (Dial. 82,3). Es el primer escritor eclesiástico que intenta echar un puente

entre el cristianismo y la filosofía pagana.

Las apologías de San Justino

Los escritos más importantes de Justino son sus apologías. Hablando de ellas, comenta Eusebio (Hist. eccl. 4,18):

Justino nos ha dejado muchas obras, testimonio de una inteligencia culta y entregada al estudio de las cosas divinas, llenas de toda utilidad. A ellas remitiremos a los amigos de saber, después de haber citado útilmente las que han venido a nuestro conocimiento. En primer lugar tiene un discurso dirigido a Antonino, por sobrenombre Pío, a los hijos de éste y al Senado romano en favor de nuestros dogmas y luego otro, que contiene una segunda apología de nuestra fe, dirigido al que fue sucesor del citado emperador y lleva su mismo nombre, Antonino Vero (BAC 116,161).

Tenemos, efectivamente, dos apologías de Justino. En el manuscrito, la más larga de las dos, que tiene sesenta y ocho capítulos, va dirigida a Antonino Pío; la más corta, de quince capítulos, al Senado romano. Pero E. Schwartz considera la última como la conclusión de la primera. El hecho de que Eusebio hable de dos apologías fue probablemente causa de que la obra se dividiera en dos en el manuscrito y se colocara la conclusión al principio como un escrito independiente.

En la actualidad, la mayor parte de los eruditos están conformes en considerar la segunda apología como un apéndice o adición de la primera. La ocasión hay que buscarla probablemente en los incidentes que ocurrieron siendo prefecto Urbico; Justino empieza la segunda apología narrando estos hechos. Ambas obras van dirigidas al emperador Antonino Pío (138-161). San Justino las debió de componer entre los años 148 a 161, puesto que observa (Apol. I 46): «Cristo nació hace sólo ciento cincuenta años, bajo Quirinio». Las escribió en Roma.

La primera apología

En la introducción (c.1-3) Justino pide al emperador, en nombre de los cristianos, que tome el caso personalmente en sus manos y que se forme su propio juicio, sin dejarse influenciar por los prejuicios o el odio de la plebe.

La parte principal comprende dos secciones.

La primera sección (c.4-12) condena la actitud oficial respecto de los cristianos. En ella el autor critica el procedimiento judicial seguido regularmente por el gobierno contra sus correligionarios y las falsas acusaciones lanzadas contra ellos. Protesta contra la absurda actuación de las autoridades, que castigan el simple hecho de reconocerse uno cristiano; el nombre «cristiano»,

lo mismo que el de «filósofo», no prueba ni la culpa ni la inocencia de un hombre. Únicamente se puede imponer castigos por crímenes de los que el acusado sea convicto, mas los crímenes de que se acusa a los cristianos son puras calumnias. No son ateos. Si se niegan a adorar a los dioses, es porque creen que venerar tales divinidades es cosa ridícula. Sus ideas escatológicas y su miedo a los castigos eternos les impiden obrar el mal y hacen de ellos el mejor sostén del gobierno.

La segunda parte (c.13-67) viene a ser una justificación de la religión cristiana. Describe en forma detallada principalmente su doctrina, su culto, su fundamento histórico y las razones que hay para abrazarla.

La doctrina dogmática y moral de los cristianos:

Se puede probar por las divinas profecías que Jesucristo es el Hijo de Dios y el fundador de la religión cristiana. La fundó por voluntad de Dios con el fin de transformar y restaurar la humanidad. Los demonios imitaron y remedaron las profecías del Antiguo Testamento en los ritos de los misterios paganos. A esto se deben las frecuentes semejanzas y puntos de contacto que hay entre la religión cristiana y las formas paganas de culto. También los filósofos, como Platón, hicieron suyas muchas cosas del Antiguo Testamento. No es, pues, de extrañar, que se descubran ideas cristianas en el platonismo.

El culto cristiano:

El autor hace luego una descripción del sacramento del bautismo, de la liturgia eucarística y de la vida social de los cristianos.

*La conclusión (c.68) es una severa amonestación al emperador. Al final de la primera apolo-
gía se añade copia del rescripto que hacia el año 125 envió el emperador Adriano al procónsul
de Asia, Minucio Fundano. Este documento es de suma importancia para la historia de la Iglesia.
Promulga cuatro normas para un procedimiento judicial más justo y correcto en las causas contra
los cristianos:*

- 1. Los cristianos deben ser juzgados por medio de un procedimiento regular ante un tribunal criminal.*
- 2. Únicamente se les puede condenar si hay pruebas de que el acusado ha transgredido las leyes romanas.*
- 3. El castigo debe ser proporcionado a la naturaleza y calidad de los crímenes.*
- 4. Toda falsa acusación debe ser castigada con severidad.*

Según Eusebio (Hist. eccl. 4,8,8), el mismo Justino incorporó este documento, en su texto latino original, a su apología. Eusebio lo tradujo al griego y lo incluyó en su Historia eclesiástica (4,9).

La segunda apología

Este escrito empieza con la narración de un incidente reciente. El prefecto de Roma, Urbico, hizo decapitar a tres cristianos por el único crimen de haber confesado su fe. Justino apela directamente a la opinión pública de Roma, protestando de nuevo contra estas crueldades sin justificación posible y refutando varias críticas. Contesta, por ejemplo, al sarcasmo de los paganos que se preguntaban por qué no permiten los cristianos el suicidio a fin de poder reunirse más pronto con su Dios. Dice Justino: «Con lo que también nosotros, de hacer eso, obraríamos de modo contrario al designio de Dios. En cuanto a no negar al ser interrogados, ello se debe a que nosotros no tenemos conciencia de cometer mal alguno y consideramos, por el contrario, como una impiedad no ser en todo veraces» (Apol. 2,4).

Las persecuciones contra los cristianos se deben a la instigación de los demonios, que odian la verdad y la virtud. Estos mismos enemigos molestaron ya a los justos del Antiguo Testamento y del mundo pagano. Pero no tendrían poder alguno sobre los cristianos si Dios no quisiera conducir a sus seguidores, a través de tribulaciones y sufrimientos, a la virtud y al premio; a través de la muerte y de la destrucción, a la vida y felicidad eternas. Al mismo tiempo, las persecuciones dan a los cristianos la oportunidad de demostrar de manera impresionante la superioridad de su religión sobre el paganismo. Finalmente, pide también al emperador que, al juzgar a los cristianos, se deje guiar solamente por la justicia, la piedad y el amor a la verdad.

El «diálogo con Trifón»

El Diálogo con Trifón es la más antigua apología cristiana contra los judíos que se conserva. Por desgracia, no poseemos su texto completo. Se han perdido la introducción y gran parte del capítulo 74. El Diálogo debe de ser posterior a las apologías, porque en el capítulo 120 se hace una referencia a la primera de ellas. Se trata de una disputa de dos días con un sabio judío, verosíblemente el mismo rabino Tarfón mencionado en la Mishna. Según Eusebio (Hist. eccl. 4,18,6), el escenario de estas conversaciones fue Éfeso. San Justino dedicó la obra a un tal Marco Pompeyo.

El Diálogo es de considerable extensión, pues consta de 142 capítulos. En la introducción (c.2-8) narra Justino detenidamente su formación intelectual y su conversión.

La primera parte del cuerpo principal de la obra (c.9-47) explica el concepto que tienen los cristianos del Antiguo Testamento. La ley mosaica tuvo validez sólo por cierto tiempo. El cristianismo es la Ley nueva y eterna para toda la humanidad. La segunda parte (c.48-108) justifica la adoración de Cristo como Dios. La tercera (c.109-142) prueba que las naciones que creen en Cristo y siguen su ley representan al nuevo Israel y al verdadero pueblo escogido de Dios.

El método apologético del Diálogo difiere del de las apologías, porque se dirige a una clase totalmente diferente de lectores. En su Diálogo con el judío Trifón, San Justino da mucha importancia al Antiguo Testamento y cita a los profetas para probar que la verdad cristiana existía aún antes de Cristo. Un examen cuidadoso de las citas del Antiguo Testamento nos revela que Justino da preferencia a aquellos pasajes que hablan del repudio de Israel y de la elección de los gentiles. Es evidente que el Diálogo no es, ni mucho menos, la reproducción exacta de una discusión real recogida estenográficamente. Por otro lado, su forma dialogada tampoco es una mera ficción literaria. Seguramente hubo verdaderas conversaciones y disputas que precedieron a la composición de la obra. Es posible que estos intercambios se dieran en Éfeso durante la guerra de Bar Kochba, mencionada en los capítulos 1 y 9.

LA TEOLOGÍA DE JUSTINO

Al analizar la teología de Justino debe tenerse en cuenta que no poseemos de la pluma de este autor una exposición completa y exhaustiva de la fe cristiana. No hay que olvidar que sus obras propiamente teológicas, como los tratados Sobre la soberanía de Dios, De la resurrección, Refutación de todas las herejías y Contra Marción, se han perdido. Las Apologías y el Diálogo con Trifón no nos dan un retrato acabado de Justino como teólogo. Las obras antiheréticas desaparecidas le brindaban más la ocasión de abordar las cuestiones doctrinales, mientras que, al defender la fe contra los infieles, tiene que hacer hincapié, ante todo, en los argumentos de razón. Se esfuerza en señalar los puntos de contacto y las semejanzas que hay entre las enseñanzas de la Iglesia y las de los poetas y pensadores griegos, a fin de demostrar que el cristianismo es la única filosofía segura y provechosa. No es, pues, de extrañar, que la teología de Justino acuse la influencia del platonismo, ya que éste era el sistema filosófico que tenía para Justino el más alto

valor.

Concepto de Dios

Ya en el concepto que Justino tiene de Dios aparece su inclinación hacia la filosofía platónica.

Dios no tiene principio. De donde se sigue la conclusión: Dios es inefable, sin nombre.

Porque el Padre del universo, ingénito como es, no tiene nombre impuesto, como quiera que todo aquello que lleva un nombre supone a otro más antiguo que se lo impuso. Los de Padre, Dios, Creador, Señor, Dueño, no son propiamente nombres, sino denominaciones tomadas de sus beneficios y de sus obras... La denominación «Dios» no es nombre, sino una concepción ingénita en la naturaleza humana de una realidad inexplicable (2,5: BAC 116,226).

El nombre que mejor le cuadra es el de Padre; siendo Creador, es realmente el Padre de todas las cosas. Justino niega la omnipresencia sustancial de Dios. Dios Padre vive, según él, en las regiones situadas encima del cielo. No puede abandonar su morada y consiguientemente no puede aparecer en el mundo:

Nadie, absolutamente, por poca inteligencia que tenga, se atreverá a decir que fue el Hacedor y Padre del universo quien, dejando todas sus moradas supracelestes, apareció en una mínima porción de la tierra (*Dial. 60,2: BAC 116,408*). Porque el Padre inefable y Señor de todas las cosas ni llega a ninguna parte, ni se pasea, ni duerme, ni se levanta, sino que permanece siempre en su propia región —dondequiera que ésta se halle—, mirando con penetrante mirada, oyendo agudamente, pero no con ojos ni orejas, sino por una potencia inefable. Y todo lo vigila y todo lo conoce y ninguno de nosotros le está oculto, sin que tenga que moverse Él, que no cabe en un lugar ni en el mundo entero y era antes de que el mundo existiera. ¿Cómo, pues, pudo éste hablar a nadie y aparecerse a nadie ni circunscribirse a una porción mínima de tierra, cuando no pudo el pueblo resistir la gloria de su enviado en el Sinaí? (*Dial. 127,2-3: BAC 116, 524.525*).

Mas como Dios es trascendente y está por encima de todo ser humano, es necesario salvar el abismo que media entre Dios y el hombre. Esto fue obra del Logos. Él es el mediador entre Dios Padre y el mundo. Dios no se comunica al mundo más que a través del Logos y no se revela al mundo más que por medio de Él. El Logos es, pues, el guía que conduce a Dios y el maestro del hombre. En un principio, el Logos moraba en Dios como una potencia. Pero poco antes de la creación del mundo emanó y procedió de Él y el mundo fue creado por el Logos. En su Diálogo, Justino se vale de dos imágenes para explicar la generación del Logos. Algo semejante vemos también en un fuego que se enciende de otro, sin que se disminuya aquel del que se tomó la llama, sino permaneciendo el mismo. Y el fuego encendido también aparece con su propio ser, sin haber

disminuido aquel de donde se encendió (Dial. 61,2: BAC 116,410).

Una obra procede del hombre sin que disminuya la substancia de éste. Así hay que entender también la generación del Logos, la Palabra divina, como una procesión en el interior de Dios.

Justino parece inclinarse al subordinacionismo por lo que respecta a las relaciones entre el Padre y el Logos. Prueba clara de ello la tenemos en la Apología 2,6:

Su Hijo, aquel que sólo propiamente se dice Hijo, el Verbo, que está con Él antes de las criaturas y es engendrado cuando al principio creó y ordenó por su medio todas las cosas, se llama Cristo por su unción y por haber Dios ordenado por su medio todas las cosas (BAC 116,266).

Consecuentemente, Justino supone, al parecer, que el Verbo se hizo externamente independiente sólo con el fin de crear y gobernar el mundo. Su función personal le dio su existencia personal. Vino a ser persona divina, pero subordinada al Padre (cf. Dial. 61).

La doctrina más importante de Justino es la doctrina del Logos; forma una especie de puente entre la filosofía pagana y el cristianismo. Justino enseña, en efecto, que, si bien el Logos divino no apareció en su plenitud más que en Cristo, una «semilla del Logos» estaba ya esparcida por toda la humanidad mucho antes de Cristo. Porque cada ser humano posee en su razón una semilla del Logos. Así, no sólo los profetas del Antiguo Testamento, sino también los mismos filósofos paganos llevaban en sus almas una semilla del Logos en trance de germinar. Justino cita los ejemplos de Heráclito, Sócrates y el filósofo estoico Musonio, que vivieron según las normas del Logos, el Verbo divino. Estos pensadores, de hecho, fueron verdaderos cristianos:

Nosotros hemos recibido la enseñanza de que Cristo es el primogénito de Dios y anteriormente hemos indicado que Él es el Verbo, de que todo el género humano ha participado. Y así, quienes vivieron conforme al Verbo, son cristianos, aun cuando fueron tenidos por ateos, como sucedió entre los griegos con Sócrates y Heráclito y otros semejantes (Apol. I 46,2-3: BAC 116,232-33).

Por eso no puede haber oposición entre cristianismo y filosofía, porque:

Ahora bien, cuanto de bueno está dicho en todos ellos nos pertenece a nosotros los cristianos, porque nosotros adoramos y amamos, después de Dios, el Verbo, que procede del mismo Dios ingénito e inefable; pues Él, por amor nuestro, se hizo hombre para ser partícipe de nuestros sufrimientos y curarlos. Y es que los escritores todos sólo oscuramente pudieron ver la realidad gracias a la semilla del Verbo en ellos ingénita. Una cosa es, en efecto, el germen e imitación de algo que se da conforme a la capacidad y otra aquello mismo cuya participación e imitación se da, según la gracia que de aquél también procede (Apol. II 13,4-6: BAC 116,277). Porque cuanto de bueno dijeron y hallaron jamás filósofos

y legisladores, fue por ellos elaborado, según la parte de Verbo que les cupo, por la investigación e intuición; mas como no conocieron al Verbo entero, que es Cristo, se contradijeron también con frecuencia unos a otros. Y los que antes de Cristo intentaron, conforme a las fuerzas humanas, investigar y demostrar las cosas por razón, fueron llevados a los tribunales como impíos y amigos de novedades. Y el que más empeño puso en ello, Sócrates, fue acusado de los mismos crímenes que nosotros, pues decían que introducía nuevos demonios y que no reconocía a los que la ciudad tenía por dioses... Que fue justamente lo que nuestro Cristo hizo por su propia virtud. Porque a Sócrates nadie le creyó hasta dar su vida por esta doctrina, pero sí a Cristo —que en parte fue conocido por Sócrates— porque Él era y es el Verbo que está en todo hombre (*Apol. II 10,2-8: BAC 116,272-273*).

Justino da así una prueba metafísica de la existencia de elementos de verdad en la filosofía pagana. Aduce, además, una prueba histórica. Los filósofos paganos dijeron muchas verdades, porque se las apropiaron de la literatura de los judíos, del Antiguo Testamento:

Pues es de saber que Moisés es más antiguo que todos los escritores griegos. Y, en general, cuanto filósofos y poetas dijeron acerca de la inmortalidad del alma y de la contemplación de las cosas celestes, de los profetas tomaron ocasión no sólo para poderlo entender, sino también para expresarlo. De ahí que parezca haber en todos unos gérmenes de verdad (*Apol. I 44,8-10: BAC 116,230*).

Pero solamente los cristianos poseen la verdad entera, porque Cristo se les apareció como la Verdad en persona.

María y Eva

Justino es el primer autor cristiano que al paralelismo paulino Cristo-Adán, añade como contrapartida el de María-Eva. Dice en su Diálogo (100) :

Cristo nació de la Virgen como hombre, a fin de que por el mismo camino que tuvo principio la desobediencia de la serpiente, por ése también fuera destruida. Porque Eva, cuando aún era virgen e incorrupta, habiendo concebido la palabra que le dijo la serpiente, dio a luz la desobediencia y la muerte; mas la virgen María concibió fe y alegría cuando el ángel Gabriel le dio la buena noticia de que el Espíritu del Señor vendría sobre ella y la fuerza del Altísimo la sombrearía, por lo cual lo nacido en ella, santo, sería Hijo de Dios; a lo que respondió ella: «Hágase en mí según tu palabra». Y de la virgen nació Jesús, al que hemos demostrado se refieren tantas Escrituras, por quien Dios destruye la serpiente y a los ángeles y hombres que a ella se asemejan (*100,4,6: BAC 116,478-479*).

Ángeles y demonios

Justino es uno de los primeros testigos del culto de los ángeles: «Al ejército de los otros ángeles buenos que le siguen y le son semejantes y al espíritu profético les damos culto y adoramos» (Apol. I 6).

Desde el cielo cuidan de todos los seres humanos: «Entregó la providencia de los hombres, así como de las cosas bajo el cielo, a los ángeles que para esto señaló» (Apol. II 5),

Justino atribuye a los ángeles, a pesar de su naturaleza espiritual, un cuerpo semejante al cuerpo humano: «Como para nosotros es patente, se alimentan en el cielo (los ángeles), siquiera no tomen los mismos manjares que usamos los hombres (del maná, en efecto, de que vuestros padres se alimentaron en el desierto, dice la Escritura, que comieron pan de ángeles)» (Dial. 57).

La manera que tiene San Justino de concebir la caída de los ángeles demuestra que les atribuye un cuerpo. El pecado de los ángeles consistió en relaciones sexuales con mujeres humanas: «Los ángeles, traspasando este orden, se dejaron vencer por su amor a las mujeres y engendraron hijos, que son los llamados demonios» (Apol. II 5).

El castigo de los demonios en el fuego eterno no empezará hasta la segunda venida de Cristo (Apol. I 28). Por eso pueden ahora extraviar y seducir al hombre. Desde que vino Cristo, todo el esfuerzo de los demonios consiste en impedir la conversión del hombre a Dios y al Logos (Apol. I 26.54.57.62). La prueba está en los herejes, que son instrumentos de los demonios, porque enseñan un Dios distinto del Padre y del Hijo. Los demonios fueron los que cegaron e indujeron a los judíos a infligir todos esos sufrimientos al Logos que apareció en Jesús. Pero, sabiendo que Cristo reclutaría la mayoría de sus seguidores de entre los paganos, puso el demonio particular empeño en que fracasara con ellos. Desde este punto de vista es interesante lo que dice Justino del efecto del nombre de Jesús sobre los demonios:

Porque llamamos ayudador y redentor nuestro a Aquel, la fuerza de cuyo nombre hace estremecer a los mismos demonios, los cuales se someten hoy mismo conjurados en el nombre de Jesucristo, crucificado bajo Poncio Pilato, procurador que fue de Judea. De suerte que por ahí se hace patente a todos que su Padre le dio tal poder, que a su nombre y a la dispensación de su pasión se someten los mismos demonios (*Dial. 30,3: BAC 116,350*).

Pecado original y deificación

Justino está convencido de que todo ser humano es capaz de deificación. Ese era el caso, por lo menos, al principio de la creación. Pero nuestros primeros padres pecaron y atrajeron la muerte sobre sí mismos. Mas ahora el hombre ha vuelto a recobrar el poder de hacerse Dios:

Habiendo sido creados impasibles e inmortales, como Dios, con tal de guardar sus mandamientos y habiéndoles Él concedido ser llamados hijos de Dios, son ellos los que, por hacerse semejantes a Adán y Eva, se procuran a sí mismos la muerte. Sea la interpretación

del salmo (81) la que vosotros queráis; aun así queda demostrado que a los hombres se les concede llegar a ser dioses y que pueden convertirse en hijos del Altísimo y culpa suya es si, como Adán y Eva, son juzgados y condenados (*Dial. 124,4: BAC 116,520*).

Bautismo y Eucaristía

Tiene un valor especial la descripción de la liturgia del bautismo y de la eucaristía que nos da Justino al final de su primera apología. A propósito del bautismo observa:

Vamos a explicar ahora de qué modo, después de ser renovados por Jesucristo, nos hemos consagrado a Dios, no sea que, omitiendo este punto, demos la impresión de proceder en algo maliciosamente en nuestra exposición. Cuantos se convencen y tienen fe de que son verdaderas estas cosas que nosotros enseñamos y decimos y prometen vivir conforme a ellas, se les instruye ante todo para que oren y pidan, con ayunos, perdón a Dios de sus pecados, anteriormente cometidos y nosotros oramos y ayunamos juntamente con ellos. Luego, los conducimos a sitio donde hay agua y por el mismo modo de regeneración con que nosotros fuimos también regenerados, son regenerados ellos, pues entonces toman en el agua el baño en el nombre de Dios, Padre y Soberano del universo y de nuestro Salvador Jesucristo y del Espíritu Santo... La razón que para esto aprendimos de los Apóstoles es ésta: Puesto que de nuestro primer nacimiento no tuvimos conciencia, engendrados que fuimos por necesidad de un germen húmedo por la mutua unión de nuestros padres y nos cría para que no sigamos siendo hijos de la necesidad y de la ignorancia, sino de la libertad y del conocimiento y alcancemos juntamente perdón de nuestros anteriores pecados, se pronuncia en el agua sobre el que ha determinado regenerarse y se arrepiente de sus pecados en el nombre de Dios, Padre y Soberano del universo y este solo nombre aplica a Dios el que conduce al baño a quien ha de ser lavado. Porque nadie es capaz de poner nombre al Dios inefable; y si alguno se atreviera a decir que ese nombre existe, sufriría la más imprudente locura. Este baño se llama iluminación, para dar a entender que son iluminados los que aprenden estas cosas. Y el iluminado se lava también en el nombre de Jesucristo, que fue crucificado bajo Poncio Pilato y en el nombre del Espíritu Santo, que por los profetas nos anunció de antemano todo lo referente a Jesús (*Apol. I 61,1-3.7-13: BAC 116, 250-251*).

En la Apología de San Justino se describe dos veces la liturgia eucarística. En la primera (c.65) se trata de la liturgia eucarística de los recién bautizados. En la segunda (c.67) se describe detalladamente la celebración eucarística de todos los domingos. Los domingos la liturgia empezaba con una lectura tomada de los evangelios canónicos, a los que se llama aquí explícitamente «Memorias de los Apóstoles», o de los libros de los profetas. Seguía luego un sermón con una aplicación moral de las lecturas. Seguidamente la comunidad rogaba por los cristianos y por todos los hombres del mundo entero. Al terminar estas plegarias, todos los asistentes se daban el ósculo de paz. Seguía luego la presentación del pan, del vino y del agua al presidente, el cual

recitaba sobre ellas la oración consagratoria. Los diáconos distribuían los dones consagrados a todos los presentes y los llevaban a los ausentes. Justino añade expresamente que estos dones no son pan y bebida comunes, sino la carne y la sangre de Jesús encarnado. Para probarlo cita las palabras de la institución. Pertenece al celebrante que preside el formular la oración eucarística; sin embargo, observa Justino, el alimento eucarístico es consagrado por una oración que contiene las mismas palabras de Cristo. Esto hace suponer que no solamente las mismas palabras de la institución, sino todo el relato de la institución formaba parte fija de la oración consagratoria. Se puede hablar, pues, de un tipo semifijo de liturgia, porque contenía elementos regulares y, al mismo tiempo, dejaba un margen suficientemente amplio a la inspiración personal del sacerdote consagrante. Es interesante notar que en la descripción del rito eucarístico que sigue inmediatamente a la recepción del sacramento del bautismo, Justino no menciona la lectura de la Escritura ni el sermón del presidente. Seguramente se omitirían por razón de la ceremonia bautismal que había precedido. La descripción de la misa a los recién bautizados es como sigue:

Por nuestra parte, nosotros, después de así lavado el que ha creído y se ha adherido a nosotros, le llevamos a los que se llaman hermanos, allí donde están reunidos, con el fin de elevar fervorosamente oraciones en común por nosotros mismos, por el que acaba de ser iluminado y por todos los otros esparcidos por todo el mundo, suplicando se nos conceda, ya que hemos conocido la verdad, ser hallados por nuestras obras hombres de buena conducta y guardadores de lo que se nos ha mandado y consigamos así la salvación eterna. Terminadas las oraciones, nos damos mutuamente el ósculo de paz. Luego, al que preside a los hermanos se le ofrece pan y un vaso de agua y vino y tomándolos él tributa alabanzas y gloria al Padre del universo por el nombre de su Hijo y por el Espíritu Santo y pronuncia una larga acción de gracias, por habernos concedido esos dones que de Él nos vienen. Y cuando el presidente ha terminado las oraciones y la acción de gracias, todo el pueblo presente aclama diciendo: Amén. «Amén», en hebreo, quiere decir «así sea». Y una vez que el presidente ha dado gracias y aclamado todo el pueblo, los que entre nosotros se llaman «ministros» o diáconos dan a cada uno de los asistentes parte del pan y del vino y del agua sobre que se dijo la acción de gracias y lo llevan a los ausentes. Y este alimento se llama entre nosotros «Eucaristía», de la que a nadie es lícito participar, sino al que cree que son verdaderas nuestras enseñanzas y se ha lavado en el baño que da la remisión de los pecados y la regeneración y vive conforme a lo que Cristo nos enseñó. Porque no tomamos estas cosas como pan común ni bebida ordinaria, sino que, a la manera que Jesucristo, nuestro Salvador, hecho carne por virtud del Verbo de Dios, tuvo carne y sangre por nuestra salvación, así se nos ha enseñado que por virtud de la oración al Verbo que de Dios procede, el alimento sobre que fue dicha la acción de gracias —alimento de que, por transformación, se nutren nuestra sangre y nuestras carnes— es la carne y la sangre de aquel mismo Jesús encarnado. Y es así que los Apóstoles en los Recuerdos, por ellos escritos, que se llaman Evangelios, nos transmitieron que así les fue a ellos mandado, cuando Jesús, tomando el

pan y dando gracias, dijo: «Haced esto en memoria mía, éste es mi cuerpo». E igualmente, tomando el cáliz y dando gracias, dijo: «Esta es mi sangre» y que sólo a ellos les dio parte (*Apol. I 65-66: BAC 116,256-257*).

En el capítulo 67, Justino describe la misa de los domingos ordinarios. Dice que este día fue escogido para la celebración de la reunión litúrgica de la comunidad cristiana porque ese día Dios creó el mundo y Cristo resucitó de entre los muertos:

El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los Recuerdos de los Apóstoles o los escritos de los profetas. Luego, cuando el lector termina, el presidente, de palabra, hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente nos levantamos todos a una y elevamos nuestras peticiones y, éstas terminadas, como ya dijimos, se ofrecen pan y vino y agua y el presidente, según sus fuerzas, hace igualmente subir a Dios sus peticiones y acciones de gracias y todo el pueblo exclama diciendo «amén». Ahora viene la distribución y participación, que se hace a cada uno, de los alimentos consagrados por la acción de gracias y su envío por medio de los diáconos a los ausentes. Los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, dan lo que bien les parece y lo recogido se entrega al presidente y él socorre de ello a huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso y, en una palabra, él se constituye provisor de cuantos se hallan en necesidad. Y celebramos esta reunión general el día del sol, por ser el día primero, en que Dios, transformando las tinieblas y la materia, hizo el mundo y el día también en que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos (*BAC 116,258-9*).

Ha habido una acalorada discusión, que todavía sigue, sobre si Justino consideró la Eucaristía como sacrificio. El pasaje decisivo en esta cuestión se halla en el Diálogo con Trifón (c.41):

«No está mi complacencia en vosotros —dice el Señor— y vuestros sacrificios no los quiero recibir de vuestras manos. Porque, desde donde nace el sol hasta donde se pone, mi nombre es glorificado entre las naciones y en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y sacrificio puro. Porque grande es mi nombre en las naciones —dice el Señor— y vosotros lo profanáis». Ya entonces, anticipadamente, habla de los sacrificios que nosotros le ofrecemos en todo lugar, es decir, del pan de la Eucaristía y lo mismo del cáliz de la Eucaristía, a par que dice que nosotros glorificamos su nombre y vosotros lo profanáis (*BAC 116,370*).

No cabe duda que aquí Justino identifica claramente la Eucaristía con el sacrificio profetizado por Malaquías. Existen, no obstante, otros pasajes en los que Justino parece rechazar todo sacrificio. Por ejemplo, dice en el Diálogo (117,2):

Ahora bien, que las oraciones y acciones de gracias hechas por hombres dignos son los únicos sacrificios perfectos y agradables a Dios, yo mismo os lo concedo (*BAC 116,505*).

En el capítulo 13 de la primera Apología emite una opinión análoga:

Porque el solo honor digno de Él que hemos aprendido es no el consumir por el fuego lo

que por Él fue creado para nuestro alimento, sino ofrecerle para nosotros mismos y para los necesitados y mostrándonos a Él agradecidos, enviarle por nuestra palabra preces e himnos por habernos creado (BAC 116,193-194).

De estas observaciones se ha sacado la conclusión de que Justino rechaza todo sacrificio y aprueba sólo el de la oración, especialmente de la oración eucarística. Pero esta interpretación no hace justicia a su pensamiento. No se puede entender su concepto de sacrificio sin tener en cuenta su doctrina del Logos.

Lo que Justino rechaza es el sacrificio material de cosas creadas tal como lo practicaban los judíos y los paganos. Con su concepto de sacrificio trata de salvar la distancia que hay entre la filosofía pagana y el cristianismo, exactamente igual que se sirve del concepto del Logos con el mismo fin. Su ideal es la λογική θυσία oblatio rationabilis, el sacrificio espiritual, única forma de veneración digna de Dios, según los filósofos griegos. En este caso, como en el del Logos, el cristianismo representa la realización de un ideal filosófico porque está en posesión de un sacrificio espiritual. Justino concuerda, pues, tanto con los filósofos paganos como con los profetas del Antiguo Testamento cuando afirma que los sacrificios externos tienen que ser abolidos. En adelante los sacrificios materiales sangrientos no tienen lugar. La Eucaristía es el sacrificio espiritual por tanto tiempo deseado, porque el mismo Logos, Jesucristo, es aquí la víctima. La identificación de la λογική θυσία con la Eucaristía fue en extremo feliz. Al incorporar esta idea a la doctrina cristiana, hacía suyas el cristianismo las realizaciones más elevadas de la filosofía griega, al mismo tiempo que se subrayaba el carácter nuevo y único del culto cristiano. Pudo así mantener un sacrificio objetivo y al mismo tiempo dar toda la importancia al carácter espiritual del culto cristiano, que le confiere su superioridad sobre todos los sacrificios paganos o judíos. Así, pues, el término oblatio rationabilis del canon de la misa romana expresa mejor que ninguna otra el concepto de sacrificio de San Justino.

Ideas escatológicas

En cuanto a su doctrina escatológica, Justino comparte las ideas quiliastas sobre el milenio: «Yo, por mi parte y si hay algunos otros cristianos de recto sentir en todo, no sólo admitimos la futura resurrección de la carne, sino también mil años en Jerusalén, reconstruida, hermoseedada y

dilatada» (Diálogo 80). *Sin embargo, se ve obligado a admitir que no todos los cristianos comparten las mismas ideas: «También te he indicado que hay muchos cristianos de la pura y piadosa sentencia, que no admiten esas ideas» (ibid.). Según Justino, las almas de los difuntos deben ir primero al hades, donde permanecen hasta el fin del mundo. Se exceptúan solamente los mártires. Sus almas son recibidas inmediatamente en el cielo. Pero incluso en el hades las almas buenas están separadas de las malas. Las almas buenas se regocijan esperando su salvación eterna, mientras que las malas son desgraciadas por causa de su inminente castigo (Diálogo 5,80).*

Fuente
Patrología I
Prof. Johannes Quasten
Madrid, España, Biblioteca de Autores Cristianos, 3ª Edición, 1978, págs. 196-219



APOLOGÍA II

Las causas concretas de persecución

1.- 1. Lo sucedido últimamente en su ciudad bajo Úrbico, ¡oh romanos! y los actos irracionales que están realizando en todo el imperio sus magistrados, me ha forzado a componer el presente discurso en busca del interés de ustedes, pues ustedes experimentan los mismos sentimientos que nosotros y son hermanos nuestros, por más que en virtud de la alta opinión de sus altas dignidades, no lo reconozcan ni lo quieran admitir. **2.** Por todas partes, excepto para los que están persuadidos que los inicuos e intemperantes han de ser castigados con fuego eterno, mientras que los buenos y que han vivido según Cristo, estarán con Dios en una condición de impassibilidad, es decir, los que se han hecho cristianos; el que es corregido por una falta cualquiera por el padre, vecino, hijo, amigo, hermano, marido o esposa, fomenta nuestra muerte, por su obstinación en el mal, por su amor al placer y por su repugnancia para seguir lo bueno; y juntamente con éstos, los malvados demonios; por el odio que nos profesan y por tener sujetos a su servicio a semejantes jueces y a magistrados que actúan como si los demonios hubiesen extraviado sus espíritus. **3.** Pero para que quede patente ante ustedes la causa de todo lo sucedido bajo Úrbico, voy a relatar el caso.

Los mártires romanos bajo Úrbico

2.- 1. Vivía una mujer con su marido, hombre disoluto, entregada también ella, antes de ser cristiana, a la vida licenciosa. **2.** Pero, apenas conoció las enseñanzas de Cristo, no sólo se tornó casta, sino que trataba de persuadir igualmente a su marido para que asumiese la castidad, refiriéndole las mismas enseñanzas y anunciándole el castigo del fuego eterno, preparado para los que no viven castamente y conforme a la recta razón. **3.** Pero él, obstinado en las mismas disoluciones, se apartó con su conducta del ánimo de su mujer, **4.** pues teniendo ésta por cosa impía seguir compartiendo el lecho con un hombre que trataba de procurarse medios de placer, de donde fuera, contra la ley natural¹ y contra lo justo, decidió poner fin a la vida en común. **5.** Los suyos, sin embargo, la disuadían y aconsejaban que tuviera todavía un poco de paciencia, con la esperanza de que podía un día cambiar el marido. Con esto, violentándose, aguardó. **6.** Tuvo el marido que

¹ Cf. Rm 2,14; 1,26-27

hacer un viaje a Alejandría y pronto tuvo noticia la mujer de que allí incurría aún en mayores excesos. Después de esto, para no hacerse cómplice de tales iniquidades e impiedades, permaneciendo en el matrimonio y compartiendo su vida y lecho con hombre tal, presentó el que se llama entre ustedes libelo de repudio (“repudium”) y se separó de él. **7.** Entonces, aquel excelente marido, que debiera haberse alegrado de que su mujer, dada antes a la vida fácil con esclavos y jornaleros entre borracheras y toda clase de vicios, había ahora abandonado todo eso y sólo quería que también él, dado a los mismos excesos, pusiera término a ellos; despechado porque ella lo había dejado, la acusó ante los tribunales diciendo que era cristiana. **8.** La mujer, empero, te presentó a ti, emperador, un memorial, pidiéndote se le autorizara a disponer antes de su hacienda y responder ante los tribunales, arreglados los asuntos de sus bienes, de la acusación que se le hacía. Y tú se lo concediste. **9.** El antes marido de ella, no pudiendo hacer por entonces nada contra la mujer, se volvió contra un cierto Ptolomeo, [que fue a quien Úrbico llamó ante un tribunal,] por haber sido maestro de ella en las enseñanzas de Cristo. He aquí como lo hizo. **10.** Era amigo suyo el centurión que metió en la cárcel a Ptolomeo y así le persuadió que le detuviera y le hiciese sólo esta pregunta: “¿Eres cristiano?” **11.** Ptolomeo, que era amigo de la verdad, incapaz de engañar ni decir una cosa por otra, confesó en efecto, que era cristiano, lo que bastó al centurión para cargarle de cadenas y atormentarle durante mucho tiempo en la cárcel. **12.** Cuando, finalmente, Ptolomeo fue conducido ante el tribunal de Úrbico, la única pregunta que se le hizo fue igualmente de si era cristiano. **13.** Consciente, una vez más, de los bienes que debía a la doctrina de Cristo, confesó la doctrina de la divina virtud. **14.** Y es así que quien niega algo, sea lo que se fuere, o lo niega porque lo condena, o rehúye confesarlo por saber que es indigno o ajeno a ello; nada de lo cual armoniza con el verdadero cristiano. **15.** Úrbico sentenció que fuera condenado al suplicio; pero un tal Lucio, que era también cristiano, viendo un juicio celebrado contra toda razón, increpó a Úrbico con estas palabras: **16.** “¿Por qué motivo has castigado a muerte a un hombre a quien no se le ha probado ser adúltero, ni fornicador, ni asesino, ni ladrón, ni salteador, ni reo, en fin, de crimen alguno, sino que ha confesado sólo llevar el nombre de cristiano? Tu juicio de ninguna manera, ¡oh Úrbico!, hace honor ni al piadoso emperador ni al César filósofo, ni al hijo del César filósofo, ni al venerable Senado”. **17.** Pero Úrbico, sin responder palabra, se dirigió también a Lucio y le dijo: “Me parece que tú también eres cristiano”. **18.** “A mucha honra”, respondió Lucio. Y sin más, dio el prefecto orden de que fuera también conducido al suplicio. **19.** Lucio le declaró que hasta le daba las gracias

por ello, pues sabía que iba a verse libre de tan perversos déspotas e ir junto al Padre y Rey de los cielos. **20.** Un tercero, en fin, que se presentó, fue también condenado al suplicio.

El suicidio

3 (4).- 1. Pero para que no se nos diga: “Mátense todos ustedes a sí mismos y marchen de una vez a su Dios y no nos molesten más a nosotros”, quiero decir por qué motivo no hacemos eso y por qué motivo también, al ser interrogados, confesamos intrépidamente nuestra fe. **2.** Nosotros hemos aprendido que Dios no hizo el mundo al azar, sino por causa del género humano y ya antes dijimos² que Él ama a los que se esfuerzan por imitar sus perfecciones y detesta, en cambio, a los que, de palabra u obra, buscan el mal. **3.** Ahora bien, si todos nos matáramos a nosotros mismos, seríamos culpables de que no naciera alguno que ha de ser instruido en las enseñanzas divinas y, hasta en lo que de nuestra parte estaba, de que desapareciera el género humano, con lo que también nosotros, de hacer eso, obraríamos de modo contrario al designio de Dios.³ **4.** En cuanto a no negar al ser interrogados, ello se debe a que nosotros no tenemos conciencia de cometer mal alguno y consideramos, por el contrario, como una impiedad no ser en todo veraces,⁴ y eso es lo que sabemos es grato a Dios; en cuanto a ustedes, deseáramos ahora apartarlos de sus injustos prejuicios.

¿Dios abandona a los suyos?

4 (5).- 1. Por si a alguno se le ocurriera también la idea de que, si confesamos por protector a Dios, no estaríamos, como decimos, bajo el poder de los inicuos y sufriríamos sus castigos, voy también a resolver esta dificultad. **2.** Habiendo Dios hecho el mundo entero, sometido las cosas terrestres a los hombres y ordenado los elementos del cielo, a los que puso también una ley divina para crecimiento de los frutos y variación de las estaciones,⁵ elementos que parecen también haber Él creado por los hombres, entregó el cuidado de velar sobre los hombres y sobre las criaturas a los ángeles que puso sobre ellos.

3. Pero los ángeles, traspasando este orden,⁶ se dejaron vencer por su amor a las mujeres y

² Cf. I, 10,1

³ Cf. Rm 14,7-8

⁴ Cf. Mt 10,33; 2 Tm 2,12

⁵ Cf. Sal 96,12

⁶ Cf. Gn 6,2-5

engendraron hijos, que son los llamados demonios.⁷ **4.** Además, hicieron más adelante esclavo suyo al género humano, unas veces por medio de escritos mágicos, otras por el terror y los castigos que infligían, otras enseñándoles a ofrecer sacrificios, inciensos y libaciones de que tienen avidez después que se sometieron a las pasiones de sus deseos. Y, en fin, ellos son los que sembraron entre los hombres asesinatos, guerras, adulterios, vicios y maldades de toda especie. **5.** De ahí que los poetas y narradores de mitos, no teniendo idea de que los ángeles y sus hijos, los demonios, eran los autores de los delitos descritos en sus obras, cometidos contra hombres, mujeres, ciudades y naciones, se los atribuyeron a Zeus mismo y a los hijos carnalmente nacidos de él y a los llamados hermanos suyos, Poseidón y Plutón, e igualmente a los hijos de éstos. **6.** En efecto, con el nombre que cada demonio se había puesto a sí mismo y a sus hijos, llamaron los poetas a sus dioses.

Nombres y títulos divinos

5 (6).- 1. El Padre del universo, ingénito como es, no tiene nombre impuesto, como quiera que todo aquello que lleva un nombre supone a otro más antiguo que se lo impuso. **2.** Los de Padre, Dios, Creador, Señor, Dueño, no son propiamente nombres, sino denominaciones tomadas de sus beneficios y de sus obras. **3.** En cuanto a su Hijo, aquel que sólo propiamente se dice Hijo, el Verbo, coexistente con él,⁸ engendrado por Él antes que las criaturas, cuando al principio creó y ordenó por su medio el universo,⁹ se llama Cristo por su unción¹⁰ y por haber Dios ordenado por su medio todas las cosas; este nombre comprende también un sentido incognoscible, a la manera que la denominación “Dios” no es nombre, sino una noción implantada en la naturaleza humana para designar una realidad difícil de explicar. **4.** “Jesús”, en cambio, es un nombre que significa al mismo tiempo hombre y salvador.

5. Como antes dijimos,¹¹ el Verbo se hizo hombre por designio de Dios Padre y nació para la salvación de los creyentes y destrucción de los demonios.¹² Esto lo pueden comprobar por lo que ahora mismo está sucediendo ante los ojos de ustedes. **6.** Pues por todo el mundo y en su misma

7 Cf. Gn 6,1-4

8 Cf. Jn 1,1

9 Cf. Col 1,16

10 Cf. Sal 44,8

11 Cf. I, 23,2; 63,10 y 16

12 Cf. I Jn 3,8

ciudad imperial muchos de los nuestros, es decir, cristianos, conjurándolos por el nombre de Jesucristo,¹³ que fue crucificado bajo Poncio Pilato, han curado y siguen aún ahora curando a muchos endemoniados que no pudieron serlo por todos los otros exorcistas, encantadores y hechiceros y así destruyen y arrojan a los demonios que ejercen su poder sobre los hombres.

Una última dilación

6 (7).- 1. De ahí también que si Dios dilata llevar a cabo la convulsión y destrucción del universo, por la que pondrá fin a la existencia de ángeles, demonios y hombres perversos, es a causa de la semilla de los cristianos, que reconocen en su naturaleza el motivo de esta dilación. **2.** Porque, de no ser así, ustedes no tendrían poder para hacer nada de lo que con nosotros hacen, ni serían manejados como instrumentos de su acción por los malvados demonios, sino que, bajando el fuego del juicio, ya lo habría destruido todo sin excepción, como antes con el diluvio, cuando no dejó vivo a nadie, fuera del que nosotros llamamos Noé,¹⁴ con los suyos y ustedes Deucalión, del que nuevamente nació tanta muchedumbre de hombres, unos malos y otros buenos. **3.** Así, en efecto, decimos nosotros que ha de cumplirse la destrucción del mundo por el fuego y no, como los estoicos, en razón de la fusión mutua de todos los seres, lo que nos parece torpísimo. Tampoco decimos que los hombres hagan o sufran por causa de un destino fatal, sino que cada uno obra el bien o el mal por su libre determinación y añadimos que, por obra de los perversos demonios, hombres buenos, como Sócrates y otros semejantes, han sido perseguidos y encadenados; por el contrario, Sardanápalo, Epicuro y otros de su laya han vivido, al parecer, en la abundancia, en la gloria y en la felicidad.

4. Por no entender esto fue que los estoicos dijeron que todo sucede por necesidad del destino. **5.** Pero no, Dios creó libres al principio lo mismo a los ángeles que al género humano y por eso recibirán con justicia el castigo de sus pecados en el fuego eterno. **6.** Y es que la naturaleza de todo lo que tiene principio es ésta: ser capaz de vicio y de virtud, pues nadie sería digno de alabanza, si no pudiera también volverse a uno de aquellos dos extremos. **7.** Esto mismo demuestran aquellos hombres que en todas partes han legislado y filosofado conforme a la recta razón, por el hecho de que mandan se hagan unas cosas y se eviten otras. **8.** Los mismos filósofos estoicos, en su ética,

¹³ Cf. Mt 7,22

¹⁴ Cf. Mt 24,38

estiman altamente estos mismos principios; lo cual prueba que en su metafísica sobre los principios y los seres incorpóreos no van por el buen camino. **9.** Porque si dicen que cuanto los hombres hacen sucede por la fatalidad del destino, o que Dios no difiere en nada de las cosas que constantemente cambian, se transforman y se disuelven en los mismos elementos, quedará patente que sólo tienen idea de lo corruptible y que Dios mismo, de una manera general y en particular, se encuentra implicado en el mal bajo todas sus formas, o, en fin, que nada son ni la virtud ni la maldad; lo cual pugna con toda idea prudente, con toda razón e inteligencia.

Las maquinaciones de los demonios

7 (8).- 1. Algunos que profesaron las doctrinas de los estoicos, que por lo menos en la ética se muestran moderados, lo mismo que los poetas en determinados puntos, por la semilla del Verbo, que se halla ingénita en todo el género humano, sabemos que han sido odiados y muertos Heráclito, como antes dijimos¹⁵ y entre los de nuestro tiempo, Musonio y otros también. **2.** Porque, como ya indicamos,¹⁶ los demonios han tenido siempre empeño en hacer odiosos a cuantos de cualquier modo, han querido vivir conforme a la razón y huir de la maldad. **3.** Nada, pues, tiene de maravilla si, desenmascarados, tratan también de hacer odiosos y con más empeño, a los que viven no ya conforme a una parte del Verbo seminal, sino conforme al conocimiento y contemplación del Verbo total, que es Cristo. Ellos recibirán justo castigo y los tormentos que merecen, encerrados en el fuego eterno. **4.** Pues si ya ahora son vencidos por los hombres en el nombre de Jesucristo, ello es aviso del futuro castigo en el fuego eterno que les espera a ellos y a quienes les sirven. **5.** Así de antemano lo anunciaron todos los profetas y lo enseñó también nuestro maestro Jesús.¹⁷

La oposición de Crescente

8 (9).- 1. Yo mismo espero ser víctima de las asechanzas de alguno de los aludidos demonios y ser clavado en el cepo, o por lo menos, de Crescente, ese “filósofo” amigo de la bulla y de la ostentación. **2.** Porque no merece el nombre de filósofo un hombre que, sin saber una palabra sobre nosotros, nos calumnia públicamente, como si los cristianos fuésemos ateos e impíos, propalando

¹⁵ Cf. I, 46,3

¹⁶ Cf. I, 5,1 y 4; II, 6[7], 3

¹⁷ Cf. Mt 25,41

estas calumnias para congraciarse y dar gusto a muchedumbre extraviada. **3.** Porque si nos persigue sin haber leído la doctrina de Cristo, es un hombre absolutamente malvado y mucho peor que los ignorantes que con frecuencia se guardan de hablar de lo que no entienden y más, de levantar falsos testimonios; o si la ha leído, no entendió su sublimidad; o si la entendió y obra así para que no se sospeche de él que es cristiano, entonces se muestra muy miserable y malvado, pues se deja vencer de vulgar e irracional opinión y miedo. **4.** Porque quiero que sepan que al proponerle yo y hacerle unas cuantas preguntas referentes al caso, pude constatar y me convencí de que no sabe verdaderamente nada. **5.** Y para probar que digo la verdad, si no se les han comunicado las notas de nuestras discusiones, yo estoy dispuesto a repetir otra vez las preguntas en presencia de ustedes; este asunto sería también digno de la potestad imperial. **6.** Pero si ya hubieran llegado a su conocimiento mis preguntas y sus respuestas, por ellas ha de resultarles patente que nada sabe de nuestra doctrina. O bien, si sabe y no se atreve, a ejemplo de Sócrates, como dije antes,¹⁸ a hablar por miedo a los que le oyen, no es hombre que ame el saber, sino la opinión, como quien no estima aquella admirable máxima socrática: “A ningún hombre hay que apreciar por encima de la verdad”.¹⁹ **7.** Pero, en fin, imposible que un cínico, que pone el fin supremo en la indiferencia, conozca bien alguno fuera de esa indiferencia.

El cristianismo, ¿está fundado sobre el temor o sobre el amor a la virtud?

9.- 1. Para que no se nos objete lo que suelen decir los que se tienen por filósofos, que no son más que palabras en el aire y espantapájaros lo que nosotros afirmamos sobre el castigo que los inicuos han de sufrir en el fuego eterno y que nosotros exigimos que los hombres vivan rectamente por miedo y no porque la virtud es hermosa y gratificante. A éstos responderemos brevemente que si la cosa no es como nosotros decimos, o no existe Dios, o si existe, no se cuida para nada de los hombres, que ni la virtud ni el vicio serían nada, ni como antes dijimos,²⁰ castigarían los legisladores con justicia a los que traspasan las buenas disposiciones. **2.** Pero como los legisladores no son injustos, ni ellos, ni su Padre, que nos enseña por el Verbo a hacer lo mismo que Él hace, no son injustos los que a ellos se adhieren.

18 Cf. II, 8[3], 1

19 Platón, República X, 595c; 607c

20 Cf. I, 28,4; II,6[7], 6-7

3. Si se nos objeta la diversidad de leyes entre los hombres y que lo que unos tienen como bueno tienen otros por malo y lo que para éstos pasa por bello es para aquéllos vergonzoso, he aquí lo que a esto respondemos. 4. En primer lugar, sabemos que los ángeles malos establecen leyes semejantes a su propia maldad, en que se complacen los hombres que son como ellos; y por otra parte, cuando interviene la recta razón, no todas las opiniones ni todas las leyes demuestran ser buenas, sino unas buenas y otras malas. Esto, pues, o cosas por el estilo responderemos a quienes eso nos objeten y si hubiere necesidad lo diremos más ampliamente. 5. De momento vuelvo a lo que me he propuesto.

La causa de la excelencia de la doctrina cristiana: Cristo es el Verbo entero

10.- 1. Así, pues, es evidente que nuestra doctrina sobrepasa toda humana enseñanza, por la sencilla razón de que el Verbo entero, que es Cristo, aparecido por nosotros, se hizo cuerpo, razón y alma. 2. Porque cuanto de bueno dijeron y hallaron desde siempre los filósofos o legisladores, fue por ellos elaborado con dificultad, según la parte de Verbo que les cupo, por la investigación y reflexión; 3. pero como no conocieron al Verbo entero, que es Cristo, se contradijeron también con frecuencia unos a otros.

4. Los que antes de Cristo intentaron, conforme a las fuerzas humanas, investigar y demostrar las cosas por la razón, fueron llevados a los tribunales como impíos y amigos de novedades. 5. Y el que más empeño puso en ello, Sócrates, fue acusado de los mismos crímenes que nosotros, pues decían que introducía nuevas divinidades y que no reconocía a quienes la ciudad tenía por dioses. 6. Pero la verdad es que, expulsando de la república a Homero y a los otros poetas, enseñó a los hombres a rechazar a los malos demonios y a las divinidades que cometieron las abominaciones de que hablan los poetas, a par que los exhortaba al conocimiento de Dios, para ellos desconocido,²¹ por medio de la investigación de la razón, diciendo: “Al Padre y Artífice del universo, no es fácil hallarle, ni, hallado que le hayamos, es seguro decirlo a todos”.²² 7. Que fue justamente lo que nuestro Cristo hizo por su propio poder. 8. Porque a Sócrates nadie le creyó hasta dar su vida por esta doctrina; mas a Cristo, que fue conocido parcialmente por Sócrates —pues Él era y es el

21 Cf. Hch 17,23

22 Platón, Timeo 28c

Verbo que está en todo hombre y Él fue quien por los profetas predijo lo por venir y quien, revestido de nuestra naturaleza sometida al sufrimiento, nos enseñó estas cosas—; a Cristo, decimos, no sólo le han creído filósofos y hombres cultos, sino también artesanos y gentes sin ninguna instrucción, que han sabido despreciar la opinión, el miedo y la muerte. Porque Él es el poder del Padre inefable y no vaso de humana razón.

El mito de Heracles

11.- 1. No se nos quitaría la vida, ni tendrían poder sobre nosotros los hombres inicuos y los demonios, si todo hombre que nace no tuviera también que morir. De ahí que les damos las gracias al pagar una deuda que tenemos.

2. Sin embargo, creemos bueno y oportuno mentar aquí el conocido relato de Jenofonte, para que lo recuerden Crescente y los que son tan insensatos como él. **3.** Cuenta, pues, Jenofonte, que, llegando Heracles a un cruce de caminos, le salieron al encuentro la virtud y la maldad, que se le presentaron en forma de mujeres. **4.** La maldad, vestida con ropa suntuosa y con rostro atrayente y adornada con tales artificios, le dijo a Heracles que, si la seguía a ella, le haría vivir siempre en el placer y adornado con el más espléndido ornato, semejante al que ella misma llevaba. **5.** La virtud, por el contrario, con rostro y vestido severo, le dijo: “Si me escuchas, no te adornaré con belleza y adorno pasajero y corruptible, sino con los ornamentos de la eterna belleza”.²³ **6.** Nosotros estamos persuadidos que todo el que huye de los bienes aparentes y sigue lo que parece duro y contra razón, éstos son los que alcanzan la felicidad. **7.** Porque la maldad, para velar sus propias acciones, se pone por vestido las propiedades de la virtud, que son de verdad bienes, ya que imitan a los seres incorruptibles —imitando, decimos, pues de sí nada incorruptible tiene ni es capaz de producir— y hace esclavos suyos a los hombres que se arrastran por la tierra, achacando a la virtud los males que le son propios. **8.** Pero los que comprenden los bienes verdaderos que son propios de la virtud, por la virtud son también incorruptibles. Y que tales sean los cristianos, los atletas y los héroes que hicieron aquellas hazañas que los poetas atribuyen a los supuestos dioses, todo el que tenga inteligencia lo puede deducir, si sabe sacar la consecuencia del hecho de que nosotros despreciamos la muerte, que incluso podríamos evitar.

23 Cf. Jenofonte, Memorables II, 1,21-28

Los mártires prueban la inocencia de los cristianos

12.- 1. Yo mismo, cuando seguía con gusto la doctrina de Platón, oía las calumnias contra los cristianos; pero, al ver cómo iban intrépidamente a la muerte y a todo lo que se tiene por espantoso, comprendí que era imposible que tales hombres vivieran en la maldad y en el amor de los placeres. **2.** En efecto, ¿qué hombre amador del placer, qué intemperante y que tenga por cosa buena devorar carnes humanas, pudiera abrazar alegremente la muerte, que ha de privarle de sus bienes y no trataría más bien por todos los medios, de prolongar indefinidamente su vida presente y escaparse de los magistrados, antes que delatarse a sí mismo para ser muerto? **3.** Ya han conseguido también esto los malvados demonios por obra de hombres perversos. **4.** Tratando de dar muerte a algunos cristianos fundados en las calumnias que corren contra nosotros, arrastraron también a esclavos, niños o jóvenes sirvientas y por medio de espantosos tormentos, les forzaron a acusarnos de crímenes inventados de toda especie, los mismos que ellos cometen públicamente. De lo cual, puesto que para nada nos atañe, tampoco nos preocupamos, como que tenemos al Dios eterno e inefable por testigo de nuestros pensamientos y acciones. **5.** Pues, ¿por qué motivo no habíamos públicamente de proclamar que todo eso es bueno y demostrar que se trata de una divina filosofía, para lo que bastara decir que al matar a un hombre nos iniciamos en los misterios de Cronos,²⁴ y que al hartarnos de sangre, como se dice, hacemos lo mismo que ese por ustedes tanpreciado ídolo, al que se rocía no sólo con sangre de animales sin razón, sino también con sangre humana? Y para semejante rito de esparcir la sangre de los que han sido matados, destinan al hombre más ilustre y más noble de entre ustedes. ¿Por qué no decir, en fin, cuando se dice que abusamos de los varones y nos unimos sin temor alguno con las mujeres, que no hacemos en ello sino imitar a Zeus y a los demás dioses, alegando en nuestra defensa los escritos de Epicuro y de los poetas? **6.** Pues la verdad es que se nos hace de mil modos la guerra, justamente porque enseñamos a huir de semejantes doctrinas y de quienes tales cosas practican o tales ejemplos imitan, como en estos mismos discursos, que les dirigimos, nos hemos esforzado en hacerlo; pero para nada nos importa la guerra que nos hacen, pues sabemos que Dios, que es justo, todo lo ve.

7. Ojalá que aún ahora subiera alguien a elevada tribuna e hiciera resonar este grito trágico: “Avergüéncense, avergüéncense de imputar a gentes inocentes lo mismo que ustedes practican

24 = Saturno

públicamente y lo que es propio de ustedes y de sus dioses, achacarlo a quienes nada en absoluto tienen que ver con ello. **8.** Cambien de conducta, vuelvan a la sensatez”.²⁵

La confesión de Justino. Recapitulación. La participación en el Verbo

13.- 1. Porque también yo, al darme cuenta de que los malvados demonios habían echado un velo de infamia sobre las divinas enseñanzas de Cristo, con el fin de apartar de ellas a los otros hombres, me burlé igualmente de quienes tales calumnias propalaban y de la opinión del vulgo. **2.** Cristiano, rezo y despliego todos mis esfuerzos a fin de ser reconocido como tal, lo confieso; no porque las enseñanzas de Platón sean ajenas a las de Cristo, sino porque no son del todo semejantes, como tampoco las de los estoicos, poetas e historiadores.

3. En efecto, en la medida que cada uno de ellos, en virtud de su participación con el divino Verbo seminal, contempló aquello con lo que tenía afinidad, habló bien; pero es evidente que quienes en puntos muy principales se contradijeron unos a otros, no alcanzaron una ciencia infalible ni un conocimiento irrefutable. **4.** Por eso, cuanto de bueno está dicho en todos ellos, nos pertenece a nosotros los cristianos, porque nosotros adoramos y amamos, después de Dios, al Verbo, que procede del mismo Dios ingénito e inefable; pues Él se hizo hombre por nosotros, para participar en nuestros sufrimientos y curarlos. **5.** Y es que los escritores todos sólo oscuramente pudieron ver la realidad gracias a la semilla del Verbo implantada en ellos.²⁶ **6.** Una cosa es, en efecto, la semilla y semejanza de algo que se da a los hombres conforme a su capacidad y otra aquel ser mismo cuya participación e imitación se realizan en virtud de la gracia que procede de Él.

La petición de Justino

14.- 1. Ahora, pues, les suplicamos que, dando a conocer su decisión, por su firma puesta en este libelo lo den a publicar, a fin de que también los otros conozcan nuestra religión y puedan verse libres de los prejuicios y de la ignorancia del bien. Ellos, que por su propia culpa, se exponen al castigo: **2.** pues en la naturaleza humana se da la facultad de conocer el bien y el mal y ellos, que nos condenan sin saber si hacemos las cosas vergonzosas que dicen que hacemos, se complacen en dioses que las hicieron y aun ahora exigen de los hombres otras semejantes. De suerte que

²⁵ Cf. Platón, Clitofón 407a; República X, 617d

²⁶ Cf. St 1,21

por el hecho de condenarnos a nosotros, como si tales cosas hiciéramos, a la muerte, a la cárcel u otra pena semejante, contra sí mismos pronuncian la sentencia de condenación, sin que haya necesidad de otros jueces.

Conclusión

15.- 1. Yo agrego esto: La doctrina impía y errónea de Simón difundida en mi nación, la he testimoniado sólo para su desprecio. **2.** Si, pues, ustedes permiten publicar este escrito nuestro, nosotros quisiéramos darlo a conocer a todos, a fin de que de ser posible, cambien de parecer, como que por este solo fin he compuesto esta obra. **3.** Porque no son nuestras doctrinas, juzgadas con juicio discreto, vergonzosas, sino superiores a toda humana filosofía; y si no son tales, por lo menos tampoco se parecen a las de Sotades, Filénida, Arquéstrato, Epicuro y otros, ni a las de poetas por el estilo, que, en lectura pública o por escrito, ustedes permiten que sean de todo el mundo conocidas.

4. Aquí ponemos punto final, hecho lo que de nosotros dependía y añadiendo nuestra súplica para que todos los hombres de todo el mundo sean juzgados dignos de la verdad.²⁷ **5.** Ojalá que también ustedes, en interés propio, tomen una justa decisión, de modo que condiga con su piedad y su filosofía.

0-0-0-0-0-0

Fuente

*Padres Apostólicos y Apologistas Griegos (S. II).
Introducción, notas y versión española por Daniel Ruiz Bueno
Volumen 629 de B.A.C. Series
Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2002. pp. 1019 ss.
Versión revisada y confrontada con el texto griego editado en la colección
“Sources Chrétiennes”, n. 507, Paris, Eds. du Cerf, 2006, pp. 126 ss.
En: <http://www.abadialostoldos.org/patristica/obras-de-los-padres-de-la-iglesia-14>*

*Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora*